ASESINATO

DANIELLE COLLOBERT

ASESINATO

Traducción de
Pablo Moíño Sánchez

Título original: *Meurtre*
Primera edición: septiembre, 2017

© del texto: P.O.L éditeur, 2004
© de la traducción: Pablo Moíño Sánchez, 2017
© del epílogo: Pablo Moíño Sánchez, 2017
© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert S.L., 2017

Diseño de cubierta e ilustración: Laura Moreno
Revisión y corrección: Equipo editorial y Daniel Esteban Sanzol

Publicado por La Navaja Suiza Editores
Editorial Humbert Humbert S.L.
Camino Viejo del Cura, 144, 1.º B, 28055 – MADRID
http://www.**lanavajasuizaeditores**.com

Impresión: Cofás Artes Gráficas
Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-946515-2-6
Depósito legal: M-24792-2017
IBIC: FA

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

a jacqueline monteil
a uccio esposito

Es extraño este encuentro con el ojo interior, detrás de la cerradura, que ve, y que descubre al ojo exterior, atrapado en flagrante delito de visión, de curiosidad, de incertidumbre. El que mira hacia afuera, para ver fuera de sí, lo que pasa en el mundo, tal vez, o en el interior de sí mismo, pero de una manera insegura, tan imprecisa, que él mismo, ese ojo, ya no sabe si mira al vacío, al aire, al otro, o a un paisaje lejano, que ha originado, como un recuerdo, un decorado intencional, elegido, una fuerza elemental, que podría ser el telón de fondo de su vida. Entonces ese ojo, sentado en esa silla, que mira por la cerradura, o quizá por la rendija comprendida entre los dos listones de madera que forman el respaldo de esa misma silla, ese ojo, digo, deslumbrado por el sol que llega hasta mi espalda, sobre mi espalda, hasta mí, por los hombros, calientes como el acero, tiene el poder, o mejor, la potencia de adivinar las cosas. Sabe mirar, en el parqué encerado, siempre a través del respaldo de la silla, encogido, el rayo de sol, que cae, resbalando entre dos listones también de madera, de color oscuro, que de pronto brillan

con mil pequeñas facetas, o bien ese ojo puede ver, a través del respaldo de la silla, salir los minúsculos parásitos de la madera, tan viejos, que hasta la misma pátina parece inocente. La mano estira el párpado, el ojo se agranda, es más visible, más coherente, pero la visión se vuelve más borrosa por el esfuerzo. Entonces no sirve de nada. Seguimos sin ver, en el rayo de sol, la ternura, tan suave, que sube hacia nosotros, en las venas de la madera encerada, tan suave, que ningún brazo ha podido dar nunca esa sensación de suavidad, a una cabeza apoyada contra el hombro, suavemente, tiernamente, con seguridad. Miramos los rayos de sol, pero sentados en esa silla, sería posible ver tantas otras cosas que de pronto el vértigo me atrapa, me arroja contra el suelo, hacia el techo, y trepo por las paredes oblicuas para entrar en las naves, preparadas durante mucho tiempo, de los nuevos cosmonautas. Es de noche, y resulta imposible distinguir las máquinas. Todo ello tiene la apariencia de un buque varado, tranquilo y sin importancia, pero no confiamos firmemente. Esos extraños que hablan por nosotros, hacen salidas rápidas, fulgurantes, a las que aún no nos hemos acostumbrado, y a esa velocidad el ojo se daña, y busca razones para informarse, y no acepta de inmediato las transformaciones, las metamorfosis gigantescas. Somos tan

pequeños; y a qué agarrarse cuando uno ya no reconoce ni sus propias manos, ni su propio paso, ni siquiera la pequeña dosis de desesperación cotidiana. Son magos doloridos, pero muy vivos aún. Es probable que un día, hacia el final de nuestra vida, pensemos en confiar en ellos; o al menos en adoptarlos. Esos sueños de espacio, que el ojo inventa para aceptar la difícil estancia y disminuir la brecha entre nosotros y los medios, entre nosotros y aquello que llega, y aquello que transporta, como una brizna de paja, al centro de las luchas revolucionarias, al centro de los nuevos combates imprevisibles, el irrealizable y continuo suicidio de a pedazos, esa quemadura a fuego lento, todos esos sueños lejanos, nos hacen pasar noches trágicas.

Si el ojo mira de pronto hacia atrás, si vuelve sobre sí mismo, entonces sube desde cada orilla la sustancia acuosa y maléfica que lo empaña, lo ciega, y lo aterroriza, hasta que pueda olvidar de nuevo todo lo que ha pasado, con él, en lo más profundo, sin tener ese gran miedo invasivo a vencer en cada escalón, en cada nuevo peldaño, trepado como las más altas montañas, las cimas más escarpadas.

Ante el ojo pasan centelleos, palpitaciones, salpicaduras, en el rayo de sol, suspendidas, partículas de polvo. Es imposible establecer relaciones relativas

entre nosotros, el pequeño mundo, y todo ese espacio contenido, sin dimensión específica, en este lugar, en el sol. Podemos querer agrandarlo tanto que incluso un sueño sería impotente frente a esa dimensión, a esa forma. Hay que inventar de nuevo todo, hasta el más mínimo átomo, descubrir también un imaginario nuevo. La silla se modifica, puede modificarse. Ya no es una silla, ni siquiera una carlinga, sino otra cosa que aun así sigue siendo útil, una sustancia fecunda. El ojo la utiliza, la forja, oprimiéndome, sirviéndose de mi lenta descomposición. Yo me niego a veces, y entonces nos encerramos en un mutismo, un silencio que grita: «Ya basta. No me saquéis de aquí, dejadnos el espeso sueño, la tranquilidad. Las nuevas historias no son para nosotros. Solo somos capaces de recomenzar nuestros ciclos continuos de pequeñas tristezas, pequeñas sensaciones felices – recomenzar infinitamente un nuevo amor, después malograrlo, perder toda esperanza en él, infinitamente – nada más que el río de siempre».

Pero de golpe, en lo más profundo del reposo, brota una nueva flor, se abre, poco a poco enorme, en el centro del ojo, lo colma, lo renueva. Una flor, o una verja, un sapo marino, un satélite, tantas otras cosas que no podemos enumerar, ya lo hemos dicho. Pero

no es tan fácil, por ejemplo cuando florece el frío de un cuchillo, cualquier poder de destrucción, por pequeño que sea, por alejado que pueda estar de su función ritual. Entonces sobrevienen las dudas, más aterradoras que un rostro marcado por el horror, más peligrosas que todos los venenos. Las distintas posibilidades se encadenan, se multiplican como una hidra. Perdemos pie en el espacio, vacío a veces, y sin límite. Mucho nos gustaría escapar de estas eclosiones, de estas zambullidas, pero el ojo, a través de la silla, se aleja, a una distancia tal que su movimiento se vuelve irreversible. El paso, dado contra nuestra voluntad, se vuelve así el arranque de toda una caída, donde la cabeza da vueltas sobre sí misma, se estremece por todos los impactos sufridos, se fractura continuamente, revela tanto sufrimiento que hay que tratar entonces de reducir al máximo la huella que ha dejado al pasar, camuflarse, redondearse para disminuir la potencia. Y nos hallamos lejos de casa, en un país extranjero; vivimos en él tan mal como los últimos humanos que habitan allí, en una región desértica tal vez, o en la mayor miseria. Hay que acostumbrarse, o bien continuar viviendo del mismo modo, sin saber, o sin recordar que afuera continúan produciéndose sucesos, invasiones. Ahora miramos desde lejos, como un montañés sentado en

una plataforma, la barbilla apretada contra unas manos reposando horizontales sobre el bastón, que mira hacia abajo, la llanura, las luces remotas, el trazado de los ríos, la parcelación de las tierras, los núcleos tentaculares de las ciudades, o puede que sea un pescador en algún lugar, a la vista de las costas, perfiladas apenas en la noche. Tanta distancia.

Cómo llegamos hasta aquí, después de esta vida extraña que hemos llevado, sin asombro, incluso en las situaciones más insólitas, más imprevisibles. Lo aceptamos todo, como algo necesario. Estábamos siempre tan disponibles, listos para aprovechar todos los pretextos, todas las aventuras. No dejamos pasar ni una sola oportunidad de cambio. Entonces esta fatiga súbita puede que sea también una cosa normal, que debía venir lentamente, un día u otro, porque hay que dejar de caminar, en algún momento. Yo no estoy derrotado. El mármol blanco de la mesa, el cojín de la silla, tienen miedo de intercambiar su color, y una anciana obesa va a morir en el pasillo detrás de mí, en un desplome de seda negra y satinada, unos mechones de pelo grisáceo cayéndole de pronto por los ojos, en su caída, yo que la conocí siempre tan bien peinada, el pelo liso recogido, en su moño enrollado. La dificultad que tengo de recordar las historias, que

me han sucedido, me impide creer en ellas, recobrar su presencia. Yo he nacido hoy, si se puede decir así, pero los espejos acusan ya una vejez muy grande, al mismo tiempo que los hombres sufren ya menos físicamente tras una larga carrera. Cómo encontrarnos, en medio de qué camino.

Apoyo la cabeza contra la silla y espero. Miro a través de la rendija del respaldo, y ya nada se mueve. Su trampa. Los gestos repetidos, que se nos permite repetir. Mi mano se aferra al respaldo. Cogerlo, apretarlo con ambas manos. Pero también, retirarme el pelo, caído, por la nariz. Imposibilidad. Si suelto una mano del respaldo, vuelvo a caer. Lo intento mediante un movimiento, con los hombros, con la cabeza. Pero la cabeza tampoco, no debería. A causa de las manchas en el parqué, que no he de perder de vista. Constricción, obligación. Entonces todo se transforma, la silla, la calle, la ciudad, el sol. Pero el otro siempre está ahí, detrás de la cerradura, desde el comienzo. Me ve cerrar los ojos. Soy suyo, soy visto, descubierto, la boca entreabierta mientras duermo, y no estamos muy tranquilos, pues aparece poco a poco, en la pared, el hombre al que, desde hace unos días, he decidido matar. Y me gustaría hacerlo por sorpresa, así que espero que no esté prevenido, por ello me

pregunto por su presencia, aquí, en casa. Lo mataremos de mil maneras. Sé mucho sobre el asesinato. Invento algunos cada día. Hago morir a distintas personas, en su mayor parte ancianos, no sé por qué exactamente. No puedo prescindir de ese juego. Tramo la ejecución de mi plan, de su muerte, al menor detalle, pero su muerte no siempre basta. Me da miedo no destruirlos por completo. Son sus cuerpos lo que más me molesta, no la manera de hacerlos desaparecer, de conducirlos a su final, en el momento en que, definitivamente, no se puede hablar más de ellos. A este, lo elegí hace mucho. Lo conozco bien, es, por así decirlo, casi otro yo, más dulce, más comprensivo. Hemos experimentado juntos mucho odio que no olvidamos. Su mano se acerca y me agarra el cuello, y acaricia suavemente. Una gran amabilidad conmigo. Apenas articula, pero entiendo que quiere calmarme, tranquilizarme. Dice que no sabe nada, que puedo hacer todo lo que quiera, que se dejará hacer, sin decir nada. Pero siento que quiere algo. No oigo muy bien. Acaso teme que lo haga sufrir, o bien, quizá, no tiene confianza. Cree que no llegaré hasta el final, que me detendré en mi tarea y así continuaré persiguiéndolo eternamente, sin acabar con él nunca del todo. Podría traicionarme ahora mismo, mientras duermo, agarrarme la gargan-

ta, apretar. Pero no sabe; y a él, nunca se le pasaría por la cabeza la idea de hacerme daño. Sigue ahí, delante de mí. Poco a poco, a mi alrededor, adquiere al girar una velocidad prodigiosa, tan alta que yo mismo, en el centro, no consigo imaginarlo. Los millones de kilómetros así recorridos, a lo largo de mi vida – si se pudieran contar – y él en un instante – el mismo instante que vuelve mi vida tan irrisoria de pronto, con sus minúsculos esfuerzos diarios – se descubre dueño de una experiencia milenaria, una suma, todos los poderes del mundo reunidos en sus manos, que sin embargo eligen, en ese momento, el simple gesto de esa caricia en mi cuello, ya tan temible.

He bajado de la silla, y ahora me arrastro. El sol desaparece, y en las partículas de polvo suspendidas se reducen poco a poco las dimensiones, hasta el nivel del suelo, donde al final no queda más que una sombra ligera, insignificante. Y la nueva muerte prometida, en el viejo mundo, la habitación, el sol, este calor, que ya no es compacto, homogéneo. La descomposición, poco a poco, en el interior, reciente, repentina; todavía no el olor, que presiento, frío y fuerte, en el que acabaré.

Es una pasta muy desmenuzable, muy blanda. Le doy vueltas, la extiendo entre las palmas, la deslizo entre los dedos. No quiero darle una apariencia definitiva, detenerme en alguna fase de su transformación, así que continúo infatigablemente el modelado.

La gente pasa y me mira. Yo me quedo sentado días enteros con esta tierra entre las manos. A veces, sucede que abro las palmas, que dejo descansar unos instantes a la forma boca abajo. Ella se alza, aparece así, y todas las veces, tengo miedo. Por eso vuelvo a cerrar muy rápido las manos para aprisionarla de nuevo, destruirla, reconstruirla. Finalmente, pasan estaciones enteras. A veces ocurre un accidente. Dos veces me he detenido ya, y dos veces, de inmediato, reconocí la misma forma. Me quedé consternado. Por un momento creí que mis manos se acostumbraban a un movimiento, una especie de experiencia. Pero no es eso; de lo contrario, puedo detenerme enseguida; o mejor dicho no, me da mucho miedo detenerme ahora, ver aparecer esta forma, una vez más. Qué hacer. En este momento es invierno, la pasta es blanda,

pero fría, helada. Mis manos también tienen frío, se vuelven torpes. Eso me deja cierta esperanza para la tercera forma. Así no podrá ser del todo semejante a las demás.

Con frecuencia cada vez mayor, un dolor agudo me traspasa la mano derecha. Y con frecuencia cada vez mayor también, tengo ganas de cerrar los ojos, de arrojar la pasta en medio de la calle. Soy consciente de que si me atrevo a hacer algo así, todo el mundo se precipitará hacia la forma, irremediablemente rematada de este modo. No puedo imaginar sus reacciones. Solo conozco a tres o cuatro, porque a menudo los he visto mirándome con insistencia tras el cristal de la vitrina. Me he hecho algunas preguntas al respecto. Pero las respuestas no son más que deducciones de su apariencia. Aun así, podría asegurar que dos de ellos cogerán la pasta y la pondrán en una peana, en la plaza ajardinada de nuestra isla. Los otros dos querrán, en cambio, jugarle una mala pasada, aplastarla con los pies. También me he preguntado si lo harían con maldad, y en el fondo no lo creo. En cuanto a los demás, me hallo en la más absoluta duda con respecto a su reacción frente a mi tierra. Por otra parte, tal vez no tenga mayor importancia.

Tengo una oportunidad de librarme. Una sola oportunidad entre miles. Me quedo inmóvil ante el número de caminos que se me presentan. No sé qué hacer, qué ruta seguir. Esta elección requiere una reflexión intensa, y me coloca en un estado de perplejidad enorme. Una sola oportunidad. Muchos podrían creer que, debido a las ínfimas posibilidades de éxito, debería tomar una decisión, sea cual sea. Es justo lo que he tratado de hacer, algunas veces, en los momentos de desaliento. Pero mi voluntad es grande y la elección demasiado importante como para no tener un último arrebato de lucidez en el momento decisivo. Así que me quedo a la espera y con el miedo de lo irremediable. Entre todas esas rutas que se me presentan, cada día descarto algunos caminos que solo me parecen llegar a la salida de forma muy problemática. No debería juzgarse completamente inútil, en ningún caso, este esfuerzo de reflexión. Por supuesto, puedo equivocarme al elegir, y basta un error para perderme. Sin embargo, hasta ahora tengo confianza en este razonamiento lógico y lúcido, que me guía en esas

selecciones sucesivas. Debo añadir que la disminución, por muy pequeña que sea, de mis posibilidades de salir me tranquiliza. Es muy evidente que esta disminución no llegará a ponerme nunca ante la alternativa de optar entre un camino u otro. Pero no deja de ser cierto que para mí supone una impresión de seguridad, de protección. Por otra parte, tengo que confesar una preferencia muy culpable por un camino que se halla a unos pasos de mí. No sé exactamente de dónde viene esta preferencia. Tal vez su aspecto externo corresponda en mí a un gusto particular que me sería difícil precisar. De todas formas hay que decirlo, este aspecto externo es quizá engañoso. Es posible que al cabo de un corto recorrido cambie de fisonomía e incluso de dirección. Sin embargo, cada mañana, cuando llego ante las entradas del laberinto, no puedo evitar sentir una cierta satisfacción al verlo. Me quedo contemplándolo así largas horas. Sin embargo, pronto regresa la inquietud, a pesar de los esfuerzos que hago por relajarme, por desanudarme.

Algunas veces, a lo largo de mis largas jornadas, amigos, o simplemente conocidos, vienen a verme. Se sientan en círculo y esperan mis palabras. Los sentimientos que experimentan con respecto a mí son muy diversos. Tampoco es raro que algunos hagan

insinuaciones acerca del itinerario que hay que seguir o, incluso, me den consejos, con respecto a la actitud que debería adoptar ante un problema semejante. Yo escucho siempre con la mayor atención. Debo decir, por lo demás, que raras veces tengo la impresión de que dichas opiniones puedan servirme de alguna ayuda, de tan convencidas como parecen. Pero muy pronto soy consciente de que llegan a contradecirse, o bien de que no dan cuenta, en su totalidad, de mi vida entera. Puede que sea demasiado exigente, pero es muy normal que me agarre, en esta coyuntura, a los más pequeños detalles. Y a veces sucede que estas pequeñas cosas adquieren un sentido extraordinariamente agudo. Por ello tengo la costumbre de desconfiar, o al menos de poner en duda, en principio, cualquier sugerencia relativa a mi estado.

La ruta que sigo cada mañana para ir al laberinto es larga y difícil. A veces me veo obligado a detenerme un momento en el camino. Estos momentos son penosos. De pronto tengo miedo de no poder llegar hasta el final. A menudo tengo esa impresión de que es preciso que me apresure, de que cada minuto de ausencia es irreparable. Podría suceder un acontecimiento crucial que tal vez sería un indicio, una ayuda para mí. Sin embargo no sucede nada, ni siquiera

durante mi ausencia, puedo asegurarlo, pues nunca noto ningún cambio, aunque no descuido ningún detalle en mi inspección cotidiana. Todo está tranquilo, vacío, sin ritmo. Solo a veces me pasa que percibo a lo lejos, detrás de mí, las siluetas de los hombres que trabajan en la gran fábrica a más de un kilómetro. Su voz, que oigo cuando el viento sopla al norte, alcanza a desviar, por un instante, toda mi atención. También está, más a menudo, la sirena de salida de los barcos, en el puerto, al pie de la colina. La sirena de las naves. Pero todo ello no son más que ruidos lejanos, apenas perceptibles. A veces veo pasar, sobre la pared del laberinto, una sombra. Me doy la vuelta y la siento huir. Me levanto, corro tras ella todo el tiempo que puedo. Y cuando, sin aliento, la sangre desbocada golpeándome las sienes, me detengo, la sombra desaparece entonces entre las hojas de los árboles, las empalizadas, o las rejas de un jardín. Recuerdo una de esas persecuciones, una carrera desenfrenada, que estuvo a punto de tener consecuencias bastante imprevistas. Era por la noche, la sombra se desplazaba delante de mí, muy rápido, bajando la colina. Yo descendía a toda velocidad la pendiente entre las casas muy juntas, hasta el puerto. Tropezaba entre las cajas, los troncos, las barras de acero tiradas por los

muelles. La sombra se detuvo un instante contra la pared de la última dársena. Luego resbaló contra la rampa de la pasarela de un barco, cuya maquinaria ya estaba en marcha para abandonar el puerto. La distinguí muy arriba, cerca de las embarcaciones de salvamento, donde se quedó inmóvil. Dudé un instante y después, no sé por qué, hice el gesto irreflexivo de acercarme a la pasarela para trepar a bordo. En ese momento, un hombre de uniforme apareció en la noche, al pie de la pasarela. Me detuvo por el brazo, yo lo miré un momento. Bruscamente, me pidió el pasaporte. Levanté la cabeza, la sombra había desaparecido. Entonces me solté y emprendí la huida.

Después de tales persecuciones, permanezco varios días en un estado cercano al letargo. Cierro los ojos, sentado al sol, apoyado contra un árbol frente al laberinto. Tal vez así parezco dormitar, y sin embargo, en realidad percibo los menores movimientos del aire, el vuelo de un insecto, y hasta el paso de sombras por la pared, que me relajan los párpados. Durante esos días de sosiego, siempre adopto la resolución de no volver a huir o alejarme del laberinto, de ese camino, de la salida. Ignoro si algún día tendré la fuerza suficiente para resistir, no volver a ser tentado por la sombra, no volver a querer olvidar lo esencial. Una larga y lenta

inquietud renace poco a poco, pesada como un zumbido de insectos, en el calor. Mi cuerpo se tensa de nuevo. Vuelvo a estar al acecho, irremediablemente. A veces me levanto con la sensación ligera de la decisión. Voy hacia la entrada del laberinto que desde hace mucho tiempo me parece dulce y buena para mí. Cuando ya solo queda dar un paso para salir definitivamente de este mundo, entrar en ese camino imprevisible, y quizá por fin salir o perderse para siempre, me tenso de pronto, retrocedo. Una vez más, es demasiado pronto. Sin embargo, un día franquearé el umbral del laberinto, pero ¿hacia qué?

Tengo la impresión de vivir una muerte.

Ya no tengo centro – no es que se desplace dentro de mí, en un movimiento continuo, perpetuo, por así llamarlo – sino que ya no tiene ninguna ubicación posible. Ya no tengo integridad, unidad, organización. En qué me voy a convertir, así, perdido, desgarrado, desencajado por el menor accidente que me roza, la menor aspereza. Antes me era posible rodar, en cualquier situación. Giraba sobre mí mismo, acababa siempre de pie. Cada movimiento, ahora, me crea una inquietud muy grande. Nunca puedo prever qué va a permanecer dentro de mí, absolutamente intacto. No es imposible que un día no quede nada.

Huyo. Cada día, adopto la forma de una partida. No hay preparativos que hacer. Solamente decido. Me levanto del lugar en que me encuentro, atravieso la ciudad en toda su amplitud. Llego hasta el extrarradio. Tengo que ir todavía más lejos, a lo largo de las paredes grises, de las aguas glaucas, de las empalizadas ennegrecidas. Doy con una vieja carretera que sube por detrás de una fábrica. Más abajo, los barcos se

deslizan por el agua negra. Puede que coja uno – una vieja lancha motora oxidada, chirriante. Desciende el río hasta el muelle del carbón, y se detiene contra un embarcadero musgoso. He atravesado el río así, de la orilla derecha a la orilla izquierda. Todo, de este lado, está desierto. Se distingue un último pueblo en ruinas al pie de una pila de carbón, y nada más. A veces un pedazo de pared descubre una gran llanura estéril. Grupos de hombres caminan hacia el Norte, compactos, silenciosos, mudos. Es inútil acercarse. Yo continúo mi ruta hacia el Norte. Probablemente se producirá algún tipo de metamorfosis. Entonces podré incorporarme a uno de esos grupos que pasan, seguir con ellos el trazado que ha de ser limpio, preciso, hasta el final.

Avanzar en esta llanura es difícil. Me alejo del río y la sed crece dentro de mí. Al comienzo, una sensación inexplicable, pegajosa, y después una invasión de viscosidad. Me vuelvo sed, únicamente, totalmente. Encuentro así, de un modo artificial, un centro, una totalidad. Corro. Grito en la llanura. Ningún hombre se da la vuelta, por supuesto. Busco la más pequeña sombra, la huella de un pozo, la humedad de una hoja plegada – nada. Esta búsqueda, poco a poco, pierde su sentido. No sé si renuncio aún. Miro a lo lejos a los

hombres. ¿Cómo hacen ellos con esa misma sed? Me gustaría que me enseñaran. Grito.

Debo de estar empezando a secarme. Mi voz ya no alcanza. Poco a poco ya no tengo ante los ojos sino formas borrosas. Caigo. El círculo se cierra. Forcejeo aún. Todo se vuelve gris. Hablo de mí mismo.